
Capítulo XXV.

Atrevimiento y consternación.

Acudió con presteza Hernán Cortés á todos los puntos vulnerables del cuartel para reformar la defensa y responder al ataque con el ataque.

Desde el primer momento tomó el asalto proporciones formidables.

La metralla de los cañones, las balas de los arcabuces, las flechas que disparaban los tlascaltecas, todo era inútil.

Perecían muchos mejicanos, pero se multiplicaban.

Sus compañeros trepaban por las ventanas, llegaban á agarrar con las manos los mismos coñones de los arcabuces, y aunque muchos de ellos caían asesinados desde las ventanas, otros los imitaban, y era

de todo punto imposible contener el ardor de aquella gente.

En el gran patio del cuartel tenía Hernán Cortés el grueso de sus tropas, y desde allí las dirigía á los puntos que más peligro presentaban.

Apenas pasó la primera impresión de estupor, Motezuma, al saber la resolución que habían tomado los mejicanos, comprendió que Hernán Cortés no podía oírle en aquellos momentos, y llamó á Marina.

—He resuelto presentarme á mi pueblo, —le dijo;—es el único medio de contener su ímpetu, de restablecer la paz.

Busca á Hernán Cortés. manífiéstale mis deseos. Dile que quiero subir á la azotea, y presentarme desde el pretil á mis vasallos, y obtener de este modo que se retiren los sediciosos, mandando á mis nobles que vengan desarmados á explicarme la causa de su conducta y á manifestarme sus deseos.

Corrió Marina á comunicar aquel proyecto á Hernán Cortés, y eran tan críticas las circunstancias; que en medio del caos que reinaba, al oír aquellas palabras vió un rayo de luz el caudillo de los españoles.

—Dile que accedo á sus deseos, que se presente pronto.

Motezuma, animado por la esperanza de que su presencia pondría fin á la guerra, mandó á sus servidores que le presentasen todas sus galas, todos los atributos de su poderío.

Vistióse con precipitación la túnica régia.

Puso en su frente la corona.

Cubrió sus espaldas con el manto imperial.

Adornó su cuerpo con todas las joyas que usaba en los actos solemnes, y un momento despues, seguido de los servidares mejicanos que aun estaban en su compañía, se presentó en el patio del cuartel.

Hernan Cortés mantó que un destacamento de cuarenta soldados y de cien tlascaltecas subiesen á la azotea con Motezuma y sus servidores, y él mismo se colocó á su lado para asistir á aquella escena que debia resolver el conflicto.

Los combatientes se colocaron en la azotea, aunque á distancia del pretil, y abrieron paso á Motezuma.

Uno de sus servidores, acercándose á la balaustra, gritó con espantosa voz:

—Mejicanos, cesad en el combate, y oid todos con atencion, porque el gran Motezuma, vuestro emperador, se ha dignado salir aquí á escuchar vuestras quejas, y hará justicia.

Estas palabras produjeron un efecto magnético en los combatientes.

Todos callaron, y al repetirse entre ellos la voz de: «Ahí está Motezuma,» quedaron como petrificados.

Entonces se adelantó el monarca con gran solemnidad, y al verle doblaron muchos la rodilla, y los más se humillaron, como dice Solís, hasta poner el rostro en tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle.

En efecto; su figura en aquellos momentos debia imponer á los mejicanos.

No veian á los soldados que estaban detrás de él.

Sólo se les aparecia su antiguo monarca con toda la magnificencia, con todo el esplendor que estaban acostumbrados á ver en él en dias más felices; y se presentaba solo, desafiando la vengaza y el ódio de millares de hombres.

Natural era que produjese aquel efecto y excitase la ansiedad de los que le miraban, y se aprestaban á escucharle.

—Haced que vuestros jefes se acerquen, — exclamó; — que vengan á escucharme el príncipe de Iztacpalapa, Guacolando, todos mis nobles, todos los teopixques.

Esta órden fué obedecida inmediatamente.

Cuando estuvieron los jefes de los mejicanos en sitio donde pudieron oir al emperador, con acento bondadoso, llamándoles amigos, recordando los lazos de parentesco que con él le unian:

—¿Qué es lo que deseais?—les preguntó.

—Vuestra libertad, — gritaron todos.

—Y si no estais prisionero, — dijo el más atrevido, — si permanecis por vuestro gusto al lado de vuestros enemigos, entonces no queremos vuestra libertad, sino vuestro castigo.

La historia ha conservado las palabras que entonces pronunció Motezuma, y como en otras ocasiones, aun á riesgo de emplear aquí una traduccion algo anticuada, creemos deber reproducirlas:

—«Tan lejos estoy, vasallos míos, — dijo, — de mi-

rar como delito esta conmocion de vuestros corazones, que no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa.

»Exceso fué tomar las armas sin mi licencia; pero exceso de vuestra fidelidad.

»Creisteis, no sin alguna razon, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y violentado, y el sacar de opresion á vuestro rey es empeño grande para intentado sin desórden, que no hay leyes que puedan sujetar el nimio dolor á los términos de la prudencia; y aunque tomásteis con poco fundamento la ocasion de vuestra inquietud, porque yo estoy sin violencia entre los forasteros que tratais como enemigos, ya veo que no es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso.

»Por mi eleccion he perseverado con ellos, y he debido toda esta benignidad á su atencion, y todo este obsequio al príncipe que los envia.

»Ya están despachados; ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán luego de mi córte.

»Pero no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligacion su cortesía.

Pronunció este discurso en medio de un silencio sepulcral, y al terminarle nadie se atrevió á proferir una sola palabra.

Contemplábanle unos con asombro.

Otros con lástima.

Habian creido al verle que condenaria su conducta, que formularia contra ellos terribles acusaciones;

y en donde esperaban la indignacion, sólo hallaban el ruego.

Muchos sentian agolparse á sus ojos las lágrimas al ver tan humillado á su monarca.

El príncipe de Iztacpalapa se confundió entre la muchedumbre, y viendo que iba á perderlo todo, agitó de nuevo á los mejicanos contra Motezuma.

Despues de una pausa bastante prolongada, hubo uno que gritó:

—Tú no eres nuestro rey; abandona la corona y el cetro por la rueca y el uso.

A estas palabras respondieron todos con el grito unánime de:

—¡Muera Motezuma!

—¡Cobarde! —decian unos.

—¡Afeminado! —decian otros.

—¡Eres un miserable prisionero de nuestros enemigos! —exclamaban los más.

—Ved lo que decís, —respondia Motezuma.— Pensad en que los dioses descargarán sobre vosotros toda su indignacion, porque escarneceis en mi persona á sus representantes.

—¡Muera Motezuma!

—¡Muera el que ha vendido á su patria!

Y á estas últimas imprecaciones acompañó un disparo de flechas, demostrando al emperador y á Hernan Cortés, que presenciaba aquella escena, que solo las armas podian resolver el conflicto.

A pesar de las flechas, Motezuma, en el colmo de

la desesperacion, no quiso separarse del lugar que ocupaba.

Los españoles y los tlascaltecas corrieron á su lado.

Los primeros procuraron cubrirle con las rodelas para evitar que las flechas le hiriesen.

Pero en el momento en que el mismo Hernan Cortés le suplicaba que abandonase aquel lugar peligroso y le prometia vengarle de sus vasallos, una piedra, lanzada por un verdadero atleta hirió en las sienas al emperador, dejándole caer sin sentido.

¡Cosa extraña!

Apenas vieron los mejicanos caer al emperador con el rostro ensangrentado, se apoderó de su alma una profunda consternacion.

Hernan Cortés no tuvo ocasion de ver lo que pasaba, porque hizo que llevaran á su aposento á Motezuma, y apenas le dejó al lado de sus servidores y de Marina, que le prodigaba los mayores cuidados, corrió sediento de venganza á castigar á los autores de aquel atentado.

Pero cuál no seria su asombro al ver que los que tan valientes, tan enérgicos, se habian mostrado, se alejaban profundamente conmovidos y como si el remordimiento hubiese arrojado sobre ellos todo el peso del más profundo dolor.

Los mejicanos se asombraron de su obra, pensando instantáneamente en el atentado que habian cometido.

Cada cual halló un adversario temible en su con-

ciencia, y con los ojos bajos, sin atreverse á mirar atrás, sin atreverse á hablar, unos y otros corrieron á esconderse del cielo, porque despues de lo que habian hecho, se creian acreedores al más horrible de los castigos.

Hernan Cortés halló, pues, despejados los alrededores del cuartel.

No encontró enemigos con quien combatir.

Y sin saber si habia empeorado ó mejorado su situacion, comprendiendo que la desgracia de Motezuma podia influir fatalmente en sus proyectos, volvió á ver cómo estaba.

El emperador, objeto de los mayores cuidados, volvió en sí; pero apenas pudo darse cuenta de lo que acababa de sucederle:

—Huid todos de mi lado,—gritó frenético Motezuma;—abandonadme: yo no merezco vuestros cuidados.

Quiero la muerte; sólo la muerte puedo librarme del martirio que experimenta mi alma.

Yo, el gran Motezuma, emperador cuyos caprichos eran leyes, cuya voluntad nadie se atrevia á contradecir, he llegado al extremo de verme escarneido por mis vasallos, y lo que es más, han puesto en mí sus manos, me han herido.

No me han dado la muerte... ¡Ah! Yo no quiero cuidados de ningun género, no quiero que me curen mis heridas. Quiero morir, y si no muero de mi herida, yo sabré darme la muerte.

En vano Hernan Cortés, Marina, todos los que le

rodeaban le hacian oír el lenguaje de la razon.

De la ira pasaba al idiotismo.

De cualquier modo, la idea que dominaba en él era la de mostrar á su pueblo que no habia decaido un solo instante su valor, toda vez que tenia ánimo para arrebatarse la vida.

Trascurrieron algunos dias, durante los cuales pareció Méjico una ciudad desierta.

¿Se habia resuelto la cuestion?

¡Ah! No; todavía tenian los españoles que afrontar nuevos peligros, que empeñarse en nuevos y dolorosos combates.

Capitulo XXVI

Una familia desgraciada.

Mientras tenian lugar en Méjico las aterradoras escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, pasaba dias de profunda tristeza en su palacio de Tacuba el príncipe Guatimozin.

En vano Guacalcinla, para desterrar de su alma las sospechas que su imprudente confesion habia despertado, procuraba mostrarse solícita y cariñosa con él.

En vano consagraba á cada instante las caricias al fruto de su amor.

No eran sólo los disgustos domésticos los que producian en el alma de Guatimocin tanta melancolía.

Parecia que su corazon albergaba el triste presentimiento de lo que iba á suceder, y aunque ajeno